

bían retirado las pensiones señaladas por el difunto duque, que eran de tres mil reales por persona<sup>1</sup>.

Á principios de Setiembre estuvo en Nápoles el rey de Cerdeña Victor Manuel, que desde mucho tiempo residía en Gaeta. Fuele á visitar el P. Pignatelli, acompañado de los PP. Biasini y Andrés, y fueron recibidos del bondadoso rey con mucho agrado<sup>2</sup>, quedando desde entonces reanudada la antigua amistad contraída con dicho monarca por el P. Pignatelli en la corte de Turin.

El resultado de esta entrevista se vio al cabo de poco tiempo. Á fines de Noviembre pasó desde Cáller á Nápoles el P. Piras á tratar con el P. Pignatelli del restablecimiento definitivo de la Compañía en aquel reino, por el cual suspiraban con vivas ansias los reyes de Cerdeña<sup>3</sup>. Diéronse buenas esperanzas; pero los acontecimientos que á no tardar se realizaron en el reino de Nápoles, obligaron al P. Pignatelli á suspender la obra á que iba á dar principio en la isla de Cerdeña.

Ya por este tiempo asomaban en el horizonte napolitano algunos nubarrones, tristes presagios de próxima tormenta. En 20 y 21 de Noviembre desembarcaron en aquel reino millares de ingleses y rusos, coligados contra el emperador francés, y se esperaba el desembarco de otros. Aunque protestó el rey Fernando que quería conservarse neutral, dióse por ofendido Bonaparte, y desde luégo se entendió el peligro de próxima guerra y de nuevos trabajos para los jesuítas<sup>4</sup>. Colocaron estos su esperanza en el cielo y en la proteccion del P. Francisco de Jerónimo, sobre cuyos milagros se intimó una Congregacion el 3 de Diciembre de este año de 1805<sup>5</sup>.

<sup>1</sup> P. LUENGO, *ibid.*, pág. 284.

<sup>2</sup> *Id.*, *ibid.*, pág. 291.

<sup>3</sup> *Id.*, *ibid.*, pág. 470.

<sup>4</sup> *Id.*, *ibid.*, págs. 402 y 476.

<sup>5</sup> *Id.*, *ibid.*, pág. 435.

## CAPÍTULO VII

Amenazas de Napoleon á los reyes de Nápoles. — Entereza del Padre Pignatelli. — Huye la corte á Sicilia. — Entrada de José Bonaparte en Nápoles. — El Siervo de Dios y los alojados en la casa profesa. — Visita de los Superiores de las órdenes religiosas al nuevo rey. — Reflexiones acerca de la futura suerte de los jesuítas napolitanos. — Conducta del P. Pignatelli. — Beatificacion del Ven. P. Francisco de Jerónimo. — Ármanse asechanzas á los jesuítas. — Fallecimiento de la condesa de la Acerra. — Disposiciones poco favorables del Gobierno. — El P. Juan Andrés, custodio de la biblioteca real. — El juramento de fidelidad al nuevo rey. — Buena disposicion de este con los jesuítas. — Una carta del Siervo de Dios.

1806

Cuando con más próspero viento seguía su curso la Provincia de Nápoles, vinieron á realizarse los tristes presentimientos y temores de una terrible y ya próxima borrasca. Habíase formado contra Napoleon, nuevamente erigido en emperador, la coalicion formidable de Inglaterra, Rusia, Austria y Suecia, á las cuales potencias se había unido Nápoles á instancias de la reina Carolina.

Enojado el emperador, le dirigió la siguiente amenaza: «Á la primera guerra de que V. M. sea causa, V. M. y sus descendientes habrán dejado de reinar, y vuestros hijos errantes mendigarán el socorro de sus parientes por las diversas comarcas de Europa.» Y como en el tratado de Presburgo exigiera Austria

que en él se comprendiese á Nápoles, repuso Napoleon: «No: ya no hay remedio: la reina Carolina dejará de reinar en Italia.» «Suceda lo que quiera,» añadía escribiendo á Talleyrand, «no la mencionéis en el tratado; porque tal es mi voluntad<sup>1</sup>.»

Esto decía en 26 de Diciembre de 1805 y á principios de Enero del año siguiente estuvo Nápoles en completa revolucion y dividida en facciones.

En esta ocasion el P. Pignatelli dio un ejemplo de aquella santa libertad y entereza con que sabía mostrarse superior á las potestades de este mundo, como lo había hecho en Parma algunos años atrás con el difunto duque. He aquí las palabras con que refiere el hecho el cardenal Luis Lambruschini, secretario de Estado. «Contándome,» dice<sup>2</sup>, «un día la calamidad de Nápoles y las angustias en que se hallaban el rey Fernando y la reina María Carolina, por causa de la próxima invasion de los franceses, «yo les respondía,» decíame, «es preciso que Vuestras Majestades se pongan en paz con el Vicario de Jesucristo, si quieren estar en paz con Dios y que cesen los castigos.»

Tarde llegaba el consejo del Siervo de Dios: ni daba lugar á los reyes para ponerlo por obra la rapidez con que el ejército invasor se precipitaba sobre aquel desventurado reino, en el cual eran en gran número las personas de influencia y autoridad que profesaban las máximas de la revolucion.

Un poderoso ejército acaudillado por José, hermano de Napoleon y declarado rey de Nápoles por este repartidor de tronos ajenos, amenazaba las fronteras del reino por Ferentino: Masena, siempre arrojado y feroz, penetraba en el reino sin hallar apenas obstáculos, recorría á su antojo las provincias y se apoderaba de ellas una por una. Nápoles temblaba entretanto con la noticia de la proximidad del enemigo, y más que nadie temía la corte, que era el blanco principal del usurpador: por lo que, reunido á toda prisa el consejo real, se resolvió que el rey con

<sup>1</sup> GEBHART, *Hist. gen. de España*, Tomo VI, Cap. XII.

<sup>2</sup> *Process. Rom.*, fol. 1139.

su familia, el tesoro y la flor de las milicias se refugiasen cuanto ántes en Sicilia, lo que se verificó el día 23 de Enero. No habían transcurrido veinte días cuando ya la hueste francesa estaba bajo los muros de la ciudad de Nápoles, que se rindió, y el día 15 de Febrero entró José pomposamente á caballo rodeado de sus generales y se proclamó rey de Nápoles.

No tardaron las órdenes religiosas á sentir los efectos de esta invasion del ejército francés. Óigase á este propósito lo que en el proceso romano depone el H. Domingo Cademarchi por estas palabras: «Acuérdome,» dice<sup>1</sup>, «que al entrar los franceses en Nápoles, se alojaron en nuestra casa con unas maneras poco delicadas unos veinte, entre comandantes y oficiales: él [el P. Pignatelli] lejos de oponerse á aquella tropelía, los recibió cortésmente, les señaló un departamento muy cómodo y aderezado con los muebles necesarios, los provuyó de comida más que suficiente, haciendo que en un comedor separado les presentasen cuatro ó cinco platos, algunos de ellos escogidos; con lo cual quedaron contentos de la hospitalidad. Duró esto más de un mes; y tuvo el Siervo de Dios la satisfaccion de habérselos ganado, pues salieron edificados de la virtud y caballerosidad del P. Pignatelli.»

Francisco de Curtis, en aquella sazón Hermano coadjutor novicio de la Compañía, y después de la expulsion de Nápoles religioso lego de la orden de San Francisco, asegura<sup>2</sup> que tuvo el Siervo de Dios muchísimo que padecer en aquella ocasion, ya por la fatiga que le produjo el acomodar en breve tiempo seis habitaciones para alojar á los oficiales y á algunos soldados, ya principalmente por las vejaciones de que fue objeto por parte de ellos; pues «fue tanta,» dice, «su audacia é insolencia, que parecía iban á estrellar contra las paredes aun á aquel pacientísimo varon; pero el Venerable,» continúa, «sufrió el atropello con paciencia y caridad.»

<sup>1</sup> *Process. Rom.*, fol. 645.

<sup>2</sup> *Process. Neapol.*, fol. 943.

Tales principios de una dominacion extranjera y de un gobierno intruso, fundado en solo el derecho de la fuerza bruta y en las máximas de la revolucion antirreligiosa, hacian temer gravisimas calamidades para lo porvenir. Á pocos días de haber entrado José Bonaparte en Nápoles, se le presentaron los Superiores de las órdenes religiosas, y entre ellos el P. Provincial José Pignatelli.

De lo que en esta visita pasó, da cuenta el P. Luengo: y sobre la suerte, que á la Compañía amenazaba, hacía en 27 de este mismo mes, doce días después de la entrada del intruso, tan acertadas reflexiones, que más parece referir sucesos presentes, que prever los que están por venir y que no tardaron á realizarse.

Dice, pues, así<sup>1</sup>: «Hasta ahora en Nápoles no se pasa en punto de Regulares de algunas ceremonias exteriores y de puro cumplimiento. Todos los primeros Superiores de todos los órdenes Religiosos, y entre ellos nuestro Provincial Pignatelli, acompañado del P. Juan Andrés, se presentaron como á dar la obediencia al príncipe José Bonaparte. Les recibió Su Alteza muy bien<sup>2</sup>, y les dijo, como ellos acostumbran en estas ocasiones, algunas expresiones generales en orden á no mezclarse en las cosas del gobierno, y en cuanto á inclinar á los pueblos á la quietud y al nuevo orden de cosas. Á los Jesuítas les hizo en particular algunas preguntas sobre su instituto y ocupaciones; y se maravilló mucho de que fuesen españoles, y se hubiesen hecho jesuítas en Nápoles.»

«La persuasion sola de que en el primer día, que entrasen en Nápoles los franceses serian todos echados por tierra, puede ser la causa de que hayan quedado muy consolados y alegres con esta primera visita ó audiencia del príncipe José; y algunos se explican con grande esperanza de que nada padecerán con

<sup>1</sup> *Diario*, Tomo 40, pág. 65. Febrero 27 de 1806.

<sup>2</sup> «Los recibió con grande afabilidad y buen semblante.» *Process. Neapol.*, fol. 153.

esta mudanza de gobierno. Pero es una manifiesta ilusion y engaño, y muy parecido al del comun de las gentes, que aun después de tantas experiencias de lo contrario, creen ser felices con el presente gobierno francés.»

«Si los franceses llegan á verse en pacífica posesion de todo el reino, y en estado de no temer el gran pueblo de Nápoles, tratarán al clero regular de uno y otro sexo, y aun al secular, del mismo modo que le tratan en todas partes, llevando adelante con mayor ó menor prontitud el sistema filosófico de religion, reduciéndole á pocos obispos y pocos párrocos, y todos pobres y asalariados por el gobierno<sup>1</sup>.»

«Y no será extraño que en esta opresion general de todos los órdenes religiosos hagan el honor á los jesuítas de distinguirlos, oprimiéndoles ántes que á los demás. Para esto, sin contar con otras cosas, tienen un pretexto, á su parecer justo, en su dependencia de un general, no como quiera extranjero, sino ruso, y que reside en la misma corte de Rusia. No adelantemos con nuestros temores las desgracias, y dejémoslas venir por sí mismas, y entonces las notaremos, y haremos sobre ellas las reflexiones que nos parezcan oportunas.»

Cuán acertadas fuesen estas reflexiones del P. Luengo, demostráronlo los sucesos que á no tardar se verificaron: y que lo mismo previó desde luégo el P. Pignatelli, lo prueba un hecho que refiere Cayetano Lanzetta<sup>2</sup>, residente á la sazón en la casa profesa con el Venerable.

Dice así: «Seis meses ántes de la expulsion llamó á su aposento uno por uno á todos los Hermanos, y á cada uno entregó veinte ducados bajo secreto natural.» Dioles aquella cantidad para que en caso de un destierro repentino tuviesen con que trasladarse á otro punto; y exigió secreto, para que con ocasion de aquella medida no entrasen en temor y sobresalto.

<sup>1</sup> «Se dijo en la corte, que Napoleon había mandado decir, que quería pocos sacerdotes, ningun fraile, y todos soldados.» *Process. Neapol.*, fól. 670.

<sup>2</sup> *Process. Neapol.*, fol. 179.

En la incertidumbre de su propia suerte y de la de sus súbditos, lo primero que hizo, fue recomendar á todos una gran reserva en obras y palabras, para no dar motivo de delacion ó de vejaciones: les prescribió que, como hasta entonces habían hecho, se ocuparan únicamente en los ministerios espirituales con todo fervor; que tratasen con las personas de fuera solamente de las cosas del alma segun su profesion, y que cuando fuesen interrogados capciosamente sobre los recientes cambios políticos, se evadiesen, diciendo que para las cosas del César hay que acudir á los ministros del César, y para las cosas de Dios á los de Dios.

Bien se echó de ver cuán prudentemente opinaba en esta parte: porque empezaron á circuír y visitar las diversas casas de jesuítas, personas, que bajo varias formas y apariencias, pero siempre con rostro y continente de leales amigos, procuraban sondearlos y sacarles una sola palabra, un ademan, un gesto, que les diese ocasion para acusarlos y hacer que los desterrasen del reino.

En medio de la continua zozobra, en que tenía al P. Pignatelli la inseguridad de su Provincia, fuele de sumo consuelo la esperanza de la próxima beatificacion del apóstol de Nápoles, el Ven. P. Francisco de Jerónimo, llevada á cabo por Su Santidad á instancias de los Padres de la Compañía: entonces se le cumplieron al Siervo de Dios los antiguos deseos de ver glorificado á su especial protector, y en él á la Compañía, su madre, que tales héroes daba al mundo y tales santos á la Iglesia.

Veía además en este acto un testimonio público y solemne del verdadero amor, que á la Compañía profesaba el Sumo Pontífice: el cual por ventura se determinó á llevar á término la causa de la beatificacion, por tanto tiempo suspendida, solamente para deshacer la sospecha, en que algunos estaban, de que le interesaba poco la suerte de la Compañía, puesto que exteriormente no le manifestaba aquella benevolencia que ellos deseaban, antes al contrario daba señales que parecían indicar alguna aversion. No consideraban los tales, que el Papa no podía

hacer otra cosa en vista de la constante opresion en que le tenían los ministros de España y Francia: y para quitarles tal sospecha era muy suficiente el acto que ahora hizo de elevar al honor de los altares al Ven. P. Francisco.

En efecto: el día nueve de Febrero, Dominica de Sexagésima, publicó S. S. el decreto sobre los milagros del Ven. P. Francisco de Jerónimo. Entre las varias personas, que asistieron á la ceremonia de la publicacion del decreto, fue uno el rey pasado de Cerdeña, Carlos Manuel. «Mostraba,» dice el P. Luengo «una singular piedad y devocion, y no podía disimular su gran consuelo por la exaltacion de este venerable jesuíta: y no se debe extrañar, siendo cierto que tiene verdaderos deseos de entrar en la Compañía en el humilde grado de coadjutor temporal; y solo deja de ejecutarlo porque el Papa y otros le detienen, por las críticas circunstancias de los tiempos<sup>1</sup>.»

Al llegar á Nápoles la noticia de tan fausto acontecimiento, y teniendo ya por cierta y segura la Beatificacion del Siervo de Dios, «el P. Provincial José Pignatelli abrió,» dice el citado escritor<sup>2</sup>, «y reconoció el cuarto ó aposento, en que por muchos años vivió el P. Francisco, y está en aquella casa profesa, llamada del Jesús Nuevo.....»

«Y en estos siete ú ocho meses que han pasado desde que volvieron á tomar posesion de ella, no se había tocado para nada aquel cuarto ó aposento. El P. Provincial le pinta como un aposentillo pequeño, húmedo y obscuro; y parece que no tiene más luz que la de una ventanilla al tránsito, en lo cual se ve un grande espíritu de humildad y pobreza. Al instante se entró en el pensamiento de limpiarle y asearle; y al tiempo de la solemne beatificacion estará convertido en una capilla devota.»

Todas las delicias del P. Pignatelli eran pasarse largas horas en oracion dentro del sagrado recinto, en que le parecía respirar el suave perfume de las virtudes del nuevo Beato, y sentía como

<sup>1</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 40, pág. 40.

<sup>2</sup> *Ibid.*, pág. 40.

que se le comunicase su celo de la gloria de Dios y de la salvación de las almas. Veíasele día y noche retirarse á aquel lugar de refugio, y permanecer en él, aun con daño de su salud, pues lo húmedo del sitio le atacaba la cabeza y le resfriaba.

Es tradicion constante de varios escritores, que tres veces se apareció visiblemente el santo Padre Francisco de Jerónimo al P. Pignatelli en aquel sagrado retiro, y le pronosticó uno por uno los varios desastres que habían de sobrevenir á él y á su Provincia napolitana, mandándole que cuando saliese de Nápoles, llevara consigo sus restos venerables<sup>1</sup>. Solía el Siervo de Dios decir á su compañero el H. Grassi<sup>2</sup>: «Me parece que el único fin que se ha propuesto Dios al llamarnos á Nápoles, ha sido para ultimar la beatificacion del P. Francisco de Jerónimo.»

El 26 de Febrero la Congregacion de Ritos expidió el decreto de *Tuto procedi potest* en la causa del Ven. P. Francisco; y el día de San José, 19 del próximo mes de Marzo, Pío VII publicó el decreto de beatificacion en su capilla papal. Extendió luégo el breve de beatificacion, dejando á los interesados la eleccion del día de la fiesta solemne en la basílica de San Pedro.

Hubo en esto diversas opiniones. El P. Pignatelli, con muchos cardenales y el mismo Pontífice, querían que se celebrase lo más pronto posible, por razon de los malos tiempos: así ordenó el P. Pignatelli que se hiciese, y varios amigos de la Compañía ofrecieron generosamente sufragar los gastos de la fiesta. El postulador y el abogado de la causa preferían diferir la fiesta hasta Setiembre. Por fin tomóse un término medio, celebrándose el 11 de Mayo, aniversario de la muerte del nuevo Beato, de lo cual se alegró el Soberano Pontífice<sup>3</sup>.

Á este feliz acontecimiento tan del gusto del P. Pignatelli añadióse otro no menos favorable, ocurrido en Parma. Al gobernador francés Moureau sucedióle en aquel gobierno Mr. Junot,

<sup>1</sup> Relacion de la traslacion solemne del sagrado cuerpo del Beato Francisco de Jerónimo. Nápoles, 1822, pág. 14.

<sup>2</sup> *Process. Rom.*, fol. 218.

<sup>3</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 40, págs. 127-132.

el cual visitó los estudios de Plasencia precisamente en ocasion que estaban en clase los estudiantes. Recorrió todos los departamentos, acompañado de los Padres, con muestras de satisfaccion, lo cual dio ánimos á los directores para representarle que se los había privado de las rentas señaladas por el difunto duque para su mantenimiento.

Tambien visitó el seminario de nobles de Parma, y dio señales de más agrado todavía que en Plasencia, especialmente al advertir que no era solo teología lo que en él se enseñaba, sino las ciencias físicas y exactas, que son las más apreciadas de los que no conocen la alteza y utilidad de la ciencia teológica. Quedó Junot tan complacido, que mandó que aquel seminario se llamara en adelante «Colegio Imperial<sup>1</sup>.»

Entretanto en la ciudad de Nápoles infestaban secretos espías las calles y plazas y habitaciones; y llegó su audacia hasta pretender abusar del sacramento de la penitencia para tender asechanzas y armar emboscadas á los confesores. Todo sin embargo fue inútil respecto á los Padres de la Compañía, quienes, con el auxilio de Dios y la vigilancia de su santo Superior, burlaron la malicia de aquellas gentes.

Llegó á oídos del P. Pignatelli haber cierta persona referido públicamente en una sala del palacio real, que toda una mañana se había ocupado en recorrer las casas de los jesuítas, y hacerles varias preguntas capciosas y llenas de doblez, ya en particular, ya á varios juntos, y que nada había conseguido, y ni uno solo había cogido en el lazo; y el buen Padre dio primeramente á Dios las debidas gracias, y después á sus hijos en la recreacion comun, animándolos á desconfiar de sí mismos, á poner toda su confianza en Dios, y á que se mantuviesen firmes en su propósito de guardar prudente reserva.

Perdida, pues, toda esperanza de arruinar á los Padres por este camino, pareció que se los dejase en paz: la nueva corte comenzó á dar indicios de que los estimaba; y aun corrían voces

<sup>1</sup> P. LUENGO, *ibid.*, pág. 101.